

Discurso e interpelación ideológica: análisis de la teoría de los discursos de Louis Althusser.

Luisina Bolla.

Cita:

Luisina Bolla (2015). *Discurso e interpelación ideológica: análisis de la teoría de los discursos de Louis Althusser. XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-061/609>

Discurso e interpelación ideológica: análisis de la teoría de los discursos de Louis Althusser

Luisina Bolla (IdIHCS- UNLP/CONICET)

luisinabolla@gmail.com

Resumen

En 1966, Louis Althusser envía a su círculo de colaboradores un borrador, al cual se refiere como “tres notas sobre la teoría de los discursos”. Es allí donde por primera vez Althusser formula el concepto de “interpelación”. El hecho de que la interpelación ideológica sea presentada inicialmente en un texto cuyo objetivo es delinear las bases para una teoría de los discursos, ubica en un primer momento este concepto dentro de la problemática más amplia de la discursividad, donde la teoría de los discursos es abordada como un modo de conceptualizar la ideología. En este sentido, el sujeto aparece como un efecto específico de un cierto tipo de discursos (discurso ideológico). Esta predominancia concedida al nivel discursivo se diluye posteriormente en “Ideología y aparatos ideológicos de Estado”, en favor de la materialidad de las diferentes *prácticas*, con el abandono de la noción de “discurso”. En este trabajo, intentaremos analizar la relación entre discursos e interpelación ideológica, partiendo de las “Tres notas sobre la teoría de los discursos”, para articular la teoría de la ideología con la dimensión discursiva, según la propuesta althusseriana.

Palabras clave: DISCURSO – INTERPELACIÓN – IDEOLOGÍA – SUJECCIÓN – MATERIALISMO HISTÓRICO.

1. Consideraciones preliminares

En noviembre de 1966, Althusser envía a sus colaboradores más íntimos (Badiou, Balibar, Macherey y Duroux) una carta, que contenía tres notas donde se presentaban

elementos para plantear una teoría de los discursos. Unos pocos meses antes, en junio, Althusser había pronunciado una conferencia, donde analizaba la coyuntura teórica y destacaba la importancia del trabajo colectivo¹. Este compromiso lo llevaría a mecanografiar, en el mes de noviembre, una circular llamando a la conformación de Grupos de Trabajo Teórico (GTT), con la siguiente premisa:

La mayoría de los problemas teóricos decisivos, por lo menos en filosofía y en las “ciencias humanas”, están actualmente opacados por la delimitación de las “disciplinas”, y por los efectos de la misma. Proponemos pues que el GTT se constituya no en torno a una disciplina o a un “tema interdisciplinario”, sino en torno a un objeto teórico, a un *problema teórico* fundamental que desde luego podrá deslindar el campo de varias disciplinas, mas sin necesariamente figurar de lleno en ninguna de ellas... (Althusser, 2010: 99)

Precisamente, el mismo mes en que redacta esta circular, Althusser envía la carta con las tres notas a sus discípulos. Las “Tres notas” se inscriben así en el marco de este proyecto de trabajo colectivo, que quedará inconcluso (sólo Balibar responderá).² Esto, por supuesto, se manifiesta en las Notas: el carácter del texto en cuestión es sumamente fragmentario, por momentos incluso indeciso. Se trata, como anticipamos, de una carta-borrador que Althusser envía a sus colaboradores más íntimos, a quienes pide permanentemente que revisen sus observaciones, que completen o refuten sus afirmaciones, ya que no está seguro de la precisión de los puntos desarrollados. La demanda es urgente: “*Renseignements S.V.P.*” (Por favor, informaciones);³ el texto, provisorio. El propio Althusser cambia de posición a lo largo de las tres notas, y sus mayores dudas (significativamente) se estructuran en torno a los conceptos de “discurso” y de “sujeto”. Teniendo en cuenta la particularidad del escrito en cuestión, intentaremos caracterizar a

¹ La conferencia se titulaba “Coyuntura filosófica e investigación teórica marxista”. La mayor parte de estos datos fueron extraídos del breve estudio preliminar a las “Tres notas” de François Matheron, en Althusser, 2010: 99-103.

² Matheron señala que no es seguro que Althusser haya redactado inicialmente su texto con la intención de llevar adelante un trabajo colectivo, aduciendo que se encontró en sus archivos una versión preliminar de la Nota 1, escrita en septiembre del mismo año (Cfr. Matheron, *Nota preliminar* en Althusser, 2010: 100-101). Sin embargo, más allá de las “intenciones originales”, lo cierto es que Althusser hizo circular su escrito con el interés de que fuera discutido colectivamente, lo cual nos parece prueba suficiente del carácter “grupal” que, antes o después, adquirió el proyecto.

³ Cfr. De Ípola, 2007. La descripción de Emilio De Ípola es muy sugerente: “[...] El autor se debatía por esos años, con inteligencia y pasión, pero también con la certeza de no disponer de las herramientas conceptuales que necesitaba, en busca de respuestas fundadas a los problemas que por entonces le preocupaban. (...) Enviaba notas a sus discípulos-colaboradores, recabando de ellos ideas, opiniones y, en primer lugar, informaciones” (De Ípola, 2007: 63).

grandes rasgos la teoría de los discursos esbozada por Althusser, sin obviar las tensiones que jalonan su propuesta, enfatizando las ambivalencias y ambigüedades de la exposición.

2. Las “Tres notas”, los discursos y los efectos de sujeto

El escrito de Althusser comienza como una indagación acerca del estatuto del psicoanálisis. Siguiendo el camino abierto a partir de las conferencias “Psicoanálisis y Ciencias Humanas” (1963-1964) y plasmado en el artículo “Freud y Lacan” (1964), Althusser parte de la situación de la teoría psicoanalítica, reflexión que le da la “oportunidad” de pensar la articulación entre el discurso del inconsciente y el discurso ideológico (Cfr. Althusser, 2010: 105), que constituye posiblemente el núcleo fundamental de las “Tres notas”. Un esbozo de sistematización, sin embargo, debería comenzar presentando las distinciones conceptuales que Althusser formula en la Nota 1, y que se mantienen constantes pese a las oscilaciones del escrito. Nos referimos a dos clasificaciones fundamentales: aquella entre diferentes tipos de *discursos* y la distinción, más amplia, entre *teorías generales* y *teorías regionales*.

La división entre Teorías Generales (TG) y Teorías Regionales (TR) opera como un supuesto central, que estructura el escrito de Althusser. Esta clasificación de origen marxiano supone, siguiendo el planteo de Marx (en escritos tales como la *Introducción del 57*, *Prefacio a la contribución a la crítica de la economía política*, *El Capital*), que el materialismo histórico contiene una *teoría general*, que determina conceptos axiales para todo el campo de investigación (modo de producción, formación social, apropiación, ideología, política, etc.); y *teorías regionales*, estudios sobre los modos de articulación y combinación de las diversas prácticas (ideología, política, economía, teoría). Es decir, un análisis de las instancias o estructuras *regionales* que constituyen cualquier modo de producción.⁴

Vayamos al ejemplo del psicoanálisis, que es el punto de partida de Althusser. Para el filósofo, el psicoanálisis es una *teoría regional* que aún no ha encontrado su *teoría general*. Es una teoría regional en la medida en que constituye un sistema de conceptos teóricos, que

⁴ Cfr. Poulantzas, 2001: Introducción.

le permiten definir su objeto de conocimiento específico (el inconsciente). Sin embargo, la teoría regional analítica depende de una teoría general ausente. La ausencia se manifiesta, según Althusser, en el hecho de que el psicoanálisis no logra ubicarse en relación con otras teorías, es decir, no logra definir su objeto y su práctica diferencialmente. Es esta carencia la que habilita la serie de reabsorciones ideológicas del psicoanálisis. La teoría general, en cambio, permitiría situar la teoría regional dentro del campo científico, diferenciándola de otras teorías regionales, delimitando su dominio teórico específico. Citamos: “Sólo la teoría general puede asegurar esta función, pensando el objeto de la teoría [regional] en su relación articulada con los demás objetos de los cuales el sistema constituye el campo existente de la objetividad científica” (Althusser, 2010: 108). Althusser detecta en Lacan un intento por dotar al psicoanálisis de una teoría general, mediante el recurso a la lingüística. Sin embargo, la lingüística no constituye para Althusser una teoría general, sino regional.

Distanciándose de Lacan y de Lévi-Strauss (a quien criticará por realizar una “importación acrítica”), Althusser sostendrá que no es la lingüística la teoría general de las ciencias humanas, sino la *teoría general del significante*.⁵ Esta teoría general permite delimitar la especificidad de la teoría psicoanalítica, a la vez que su articulación con otras teorías regionales. Esto nos conduce a la segunda clasificación. Como mencionamos anteriormente, Althusser distingue cuatro discursos:

- 1) Discurso ideológico
- 2) Discurso científico
- 3) Discurso estético
- 4) Discurso del inconsciente

La TG del Significante funciona como teoría general de estos cuatro discursos. Todos estos discursos tienen en común, en principio (veremos más adelante que Althusser rechaza finalmente este “axioma” inicial), un mismo *efecto*: “*todo discurso produce un efecto de subjetividad*” (Althusser, 115).⁶ Es decir, que todo discurso tiene como correlato necesario

⁵ Las dos TG identificadas por Althusser en las “Tres notas”, cuya ausencia estaría indicada por sus efectos en la teoría psicoanalítica, son la teoría general del Significante (que no se confunde, como dijimos, con la teoría [regional] lingüística) y la teoría general del Materialismo Histórico.

⁶ Esta posición puede ser puesta en relación con el planteo de Benveniste en *Problemas de lingüística general*, “De la subjetividad en el lenguaje”.

un sujeto, que es *uno* de sus efectos, aunque (señala Althusser) no es el único ni el principal efecto del funcionamiento discursivo.

Sin embargo, “una teoría general del significante no puede producir por sí misma (por deducción) la diferencia específica entre el discurso de la ciencia, el de la ideología, el del arte, el del inconsciente” (Althusser, 114-115). Es decir, si bien la TG del significante *posibilita* esta diferencia, al contener las posibles variaciones, no permite construir esta diferencia entre los discursos. De este modo, la TG del significante no es capaz de producir ella misma la diferencia específica que caracteriza cada discurso como un discurso determinado (científico, estético, etc.).

La diferencia que permite distinguir los discursos entre sí es, para Althusser, la posición que ocupa el *efecto-sujeto* en cada uno de ellos. Así, si bien todo discurso produce un efecto-sujeto, la relación que cada discurso instala con dicho sujeto es variable. Como dice Althusser: “cambia la posición del sujeto ‘producido’ o inducido por el discurso con respecto al discurso” (Althusser, 115). De esto resulta lo que podríamos resumir en el siguiente esquema:

DISCURSO	Ideológico	Científico	Estético	Inconsciente
EFECTO-SUJETO	Presente en persona	Ausente en persona	Presente por <i>interpósitas personas</i>	Representado: Ausente por lugartenencia

Las diversas posiciones que el efecto-sujeto ocupa en cada discurso permiten explicar las diferencias específicas de cada discurso, a la vez que remiten a las *diferencias estructurales* de los discursos. En el discurso ideológico, el sujeto está *presente* en persona, porque es un significante del propio discurso: en efecto, el sujeto es el significante central del discurso ideológico. Para Althusser, la posición del sujeto (presente en persona) manifiesta la estructura del discurso ideológico, que es una estructura de *centrado*. El discurso ideológico, como sostendrá luego en “Ideología y aparatos ideológicos de Estado”, presenta una estructura de centrado especular: el sujeto es producido por un Sujeto productor, que se repite en el efecto-sujeto (el sujeto-hombre es producido por Dios, el sujeto empírico es producido por el sujeto trascendental).

En el discurso científico, en cambio, el sujeto está *ausente* en persona. Así, la estructura del discurso científico no es la de un centramiento especular (discurso ideológico), sino la de un sistema abstracto, cuyos elementos son *conceptos*. En este sentido, se trata de una estructura de *descentramiento*. El discurso estético, por su parte, produce un sujeto presente por *personas interpuestas*, que siempre son múltiples. Así, posee una estructura *equivoca de remisiones*, donde cada presunto “centro” remite a otro, y viceversa, en una situación de mutua negación e indecisión (la novela de Proust constituye, a nuestro parecer, un ejemplo paradigmático de la estructura equivoca de remisiones).

Por último, el discurso del inconsciente presenta un carácter muy particular, que lo distingue notablemente del resto de los discursos. En el discurso inconsciente, el sujeto está *representado* por otro significante. Es decir, no aparece como una presencia (presencia de una presencia –discurso ideológico-, presencia de una ausencia –científico-, presencia de personas interpuestas –estético-) sino que está *re-presentado* en la cadena significativa por otro significante, que toma su lugar, y que por eso Althusser denomina “lugarteniente” [*lieutenance*]. Aquí Althusser sigue la formulación lacaniana: “el sujeto es lo que representa un significante para otro significante”. De este modo, en el discurso inconsciente, la estructura es de *fuga o apertura*, es decir, de falso centrado (Cfr. Althusser, 116).

3. La interpelación de los sujetos y la función-*Träger*: articulación de discurso ideológico y discurso inconsciente

“La noción de discurso, social y transindividual por su naturaleza, excluye la idea de un interior, de un pensamiento, creencia o fe, como productos de la actividad autónoma de un alma “propia”, la persona legal cuya separación del resto sirve para garantizar su libertad (...) Discurso, entonces, contra la conciencia, contra la interioridad, contra de todas las formas de idealismo. Podemos enunciar el problema: ¿Cómo se constituyen los individuos como sujetos y cuál es la función del discurso en este proceso?” (Montag, 2015)

Las diversas estructuras discursivas analizadas se distinguen, además de por la posición-sujeto que producen, por una serie de funciones que son específicas de cada discurso. Estas funciones se determinan, una vez más, de manera diferencial, analizando la

articulación de cada estructura con las demás, ya se trate de estructuras significantes o no-significantes (economía, política, etc.). El discurso científico, por ejemplo, posee la función de conocimiento, mientras que la función del discurso ideológico es el par reconocimiento/desconocimiento. Llegado a este punto, Althusser se pregunta por la función del discurso del inconsciente y su articulación con el discurso ideológico. Los resultados de esta indagación son centrales, porque arrojan nueva luz sobre los desarrollos posteriores de “Ideología y aparatos ideológicos de Estado”, artículo aparecido en 1970 (cuatro años después de las “Tres Notas”).

Base anónima y función-*Träger*

Siguiendo la teoría marxiana de los “lugares vacíos”, Althusser afirma que la estructura económica de cualquier formación social es anónima e impersonal. Es decir: la base (y la superestructura) determinan lugares vacíos, o posiciones en la división del trabajo, que son impersonales, pero que exigen ser *llenados*. “La base define funciones-*Träger* (...) pero a la estructura (base o superestructura) que define estas funciones *le importa poco quién* deba asumir y ejecutar esta función y cómo pueda ocurrir esta asunción: no ‘quiere saberlo’” (Althusser, 2010: 117-118).

El llenado de los espacios vacíos, en efecto, se realiza mediante la acción de la ideología. La ideología transforma la función-*Träger*, vacía e impersonal, en *función-sujeto*, articulándose de este modo con las estructuras económicas y políticas. “En la medida en que el discurso ideológico interpela a los individuos, se dirige a ellos para obligarlos a asumir las funciones de *Träger* requeridas por los diferentes niveles de la estructura social” (Althusser, 2010: 120). Los individuos son constituidos entonces como sujetos o soportes (*Träger*) de las funciones sociales. De este modo, el discurso ideológico designa al sujeto que ocupa la función-*Träger*, brindándole las “razones-de-sujeto” que funcionan como garantía del rol que es llamado a cumplir, de la posición en la estructura que está llamado a ocupar. Estas razones-de-sujeto figuran en el discurso ideológico, discurso que (como vimos) presupone el sujeto al cual se dirige, el cual está presente en persona en el discurso. “Para que el individuo se constituya como sujeto interpelado, es

necesario que se reconozca como sujeto en el discurso ideológico, tiene que figurar en él” (Althusser, 2010: 118). Esta es la primera relación especular: el sujeto interpelado se reconoce en el discurso de la interpelación, donde ya está presente. Por eso la relación especular es de *reduplicación* (“*Ego sum qui sum*”).

En virtud de esta reduplicación especular, este proceso no es coercitivo; la sujeción no se realiza mediante la violencia, tampoco mediante la exhortación (“La ideología no es un mandamiento”; Althusser, 2010: 118), sino a través de un mecanismo de *convicción-persuasión*. La ideología se garantiza a sí misma, dado que contiene en su discurso al sujeto que interpela y produce. Citamos: “Al reclutar a los sujetos ideológicos, el discurso ideológico los instaure como sujetos ideológicos al mismo tiempo que los recluta. Produce, instaure así como sujetos a los reclutados, mediante un solo y mismo acto” (Althusser, 2010: 120). De este modo, la circularidad de la interpelación refleja (especularmente) la circularidad de la estructura de centrado-especular, propia del discurso ideológico.

Discursos y prácticas

Hasta aquí, de un modo u otro el planteo resulta similar al de “Ideología y AIE”, con la gran salvedad de que el énfasis está puesto en el aspecto *discursivo* de la interpelación, entendida como función específica del *discurso ideológico*. En “Ideología y AIE”, en cambio, la interpelación es pensada bajo otra óptica, en relación con los Aparatos Ideológicos de Estado, desde la perspectiva de *prácticas* (antes que de discursos). Es interesante destacar que en las “Tres notas” Althusser plantea la distinción entre discursos y prácticas en los siguientes términos:

La estructura de un discurso no es la de una práctica. No sólo porque un discurso no produce más que *efectos*, digamos, de significación, cuando las prácticas originan modificaciones-transformaciones *reales* en objetos existentes, y en casos extremos *objetos* nuevos y reales (...) Esto no quiere decir que los discursos no ejerzan eficacia sobre objetos reales, pero si lo hacen es sólo por su inserción-articulación en dichas prácticas, que los utilizan entonces como instrumentos en su “proceso de trabajo” (Althusser, 2010: 143).

Esta formulación, deslizada al final de la Nota 3, parece implicar la falta de una consideración acerca de la *materialidad* propia de los discursos; como si Althusser quedase

atrapado en una concepción idealista de los discursos, si bien no niega la eficacia propia de éstos, la restringe al definirla como “efecto de significación”, cuya incidencia sobre lo *real* sólo se ejercería al articularse con una práctica determinada. De este modo, las prácticas aparecen como mediadores necesarios entre discurso y realidad, lo cual parece entrar en contradicción con lo sostenido hasta el momento en el mismo escrito (Cfr. Montag, 2015). De hecho, el análisis acerca de la producción de los sujetos a partir de la interpelación del discurso ideológico, no puede ser entendido a menos que se comprenda el carácter material de tal discurso, tanto de los significantes (*raisons-de-sujet*) que provee a los sujetos, como del efecto producido/inducido, el efecto de subjetividad, que dista mucho de ser un mero efecto de significación sin incidencias materiales en lo real. Este retroceso de Althusser hacia una concepción cercana a la idealidad de los discursos, quizás explica el posterior abandono de la noción de discurso en favor de las prácticas, inequívocamente materiales.

Ideología e inconsciente

A su vez, existe en las “Tres notas” una tesis central, postulada por Althusser, que desaparece después en el artículo de 1970 (junto con el énfasis en la dimensión discursiva). Nos referimos a la articulación entre discurso ideológico y discurso inconsciente. Como señala Montag, esta conexión entre ideología e inconsciente es esencial

[...] no sólo por las cualidades que comparten (transhistoricidad, descentramiento del sujeto, transindividualidad, etc) sino también porque las mismas son impensables si no es en relación al lenguaje, no en la medida en que lo consideramos como un sistema formal (o sistema de sistemas) sino como discurso (el punto de no distinción entre sistema e historia que reside precisamente en las rajaduras y fisuras que abren al lenguaje hacia el exterior) (Montag, 2015)

Althusser señala que el discurso ideológico, cuyo efecto específico era (como vimos) la función-sujeto, produce (o exige) a su vez otro efecto: el efecto *sujeto-del-inconsciente*. En palabras de Althusser: “La *interpelación como sujetos ideológicos* de los individuos humanos produce en ellos un efecto específico, el *efecto inconsciente*, que permite a los individuos humanos asumir la función de *sujetos ideológicos*.” La función sujeto-del-

inconsciente permite a la ideología, entonces, garantizar la función-sujeto a partir del *desconocimiento*.⁷

Siguiendo la tesis lacaniana de que “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”, Althusser afirma que el inconsciente constituye un discurso, y en tanto que tal, produce un efecto-sujeto específico. Podemos precisar entonces la posición del efecto-sujeto en el discurso psicoanalítico, que antes habíamos definido como “representado por lugartenencia”: el discurso del inconsciente, articulado (como su efecto necesario o correlativo) con el discurso ideológico, induce un “sujeto” “rechazado” por el discurso del cual es sujeto, el efecto-sujeto-del-inconsciente. Este “sujeto rechazado” es la condición que permite la producción del sujeto ideológico. Como señala Montag:

Lejos de surgir para cumplir con una necesidad social, el inconsciente inducido por la interpelación es la reproducción de lo imposible propio al “sujeto del discurso”, la imposibilidad de su coincidencia consigo mismo, de su estar presente para sí mismo para ser conocido mediante un acto de conciencia, el pensamiento acerca de lo que piensa y siente. (Montag, 2015)

Sólo señalaremos aquí, finalmente, que la articulación entre discurso inconsciente y discurso ideológico, o mejor dicho, la articulación del discurso inconsciente *sobre* el discurso ideológico, lleva a Althusser a concluir que la teoría (regional) psicoanalítica depende de *dos* teorías generales. En tanto que *discurso* del inconsciente, la TR del psicoanálisis depende de la TG del significante (como vimos anteriormente). En tanto que constituida en relación con el discurso ideológico, dado que el *inconsciente* es inducido por la interpelación, la TR del psicoanálisis depende de la TG del materialismo histórico (a la cual compete el discurso ideológico).

⁷ Dijimos que la función propia del discurso ideológico se identificaba con el par reconocimiento/desconocimiento. Pareciera ser, entonces, que si bien ambos términos se co-implican y exigen mutuamente, analíticamente pueden ser distinguidos. El primer efecto, el reconocimiento, correspondería al ámbito del discurso ideológico, garantizado mediante la función-sujeto inscrita en la estructura de centrado especular. El segundo efecto, el desconocimiento, se garantizaría a partir del efecto del inconsciente y su discurso.

4. El abismo: fisuras de la interpelación

Hacia el final del escrito, en la Nota 3, en el mismo momento en que Althusser parecía “retirarse de la noción de la materialidad de los discursos” (Montag, 2015), el filósofo también desanda el camino, a propósito de otro supuesto que había sido central en el análisis. Sin embargo, en este caso, el retroceso parece ser altamente productivo. Al final de las “Tres notas”, Althusser afirma que no está seguro de que la categoría de sujeto sea un efecto propio de todo discurso. En efecto, y contrario a lo que había argumentado hasta el momento, Althusser dirá que el efecto-sujeto es sólo propio del discurso ideológico, y que formulaciones tales como “sujeto de la ciencia” y “sujeto del inconsciente” no son más que equívocos.

Distanciándose de Lacan (y de lo que había desarrollado anteriormente en su propio escrito), Althusser negará la existencia de un sujeto del inconsciente. Sólo hay sujeto de la ideología. El sujeto rechazado que antes posibilitaba el surgimiento del sujeto ideológico, el sujeto del desconocimiento que aseguraba la existencia del sujeto de la conciencia o del reconocimiento, pierden su forma subjetiva y se convierten en un abismo. En este sentido, el “sujeto” rechazado, el efecto que se producía en simultáneo con el sujeto ideológico, aparece ahora despersonalizado, representado como una *fisura* inherente al propio proceso de la interpelación. Criticando a Lacan, Althusser dirá que el *Ich Spaltung* no es el sujeto escindido sino la *escisión* misma, el abismo, el hueco que se abre junto al sujeto. Este espacio abismal permite entrever la incompletitud del modelo de la interpelación propuesto por Althusser en su carácter paradójico, es decir, como la garantía siempre cumplida (porque, como vimos, la eficacia de la ideología está garantizada de antemano en virtud del acto circular que caracteriza la interpelación) y, a la vez, como el abismo que surge y se expande, inevitablemente, a su lado; la grieta abierta en el mecanismo mismo de la ideología, el agujero que es efecto específico y correlativo de la interpelación.

En este sentido, nos interesa reafirmar estas conclusiones retomando la siguiente observación de Montag, acerca de los efectos que tiene el rechazo de la forma-sujeto como forma propia de todo discurso:

El efecto de esta conclusión es permitirle a Althusser comprender la forma subjetiva de la ideología no como la posición pre-existente propia a cada discurso, abierta y esperando a ser llenada, en el esquema cuasi formalista de los cuatro discursos que ya había trazado, sino como un proceso de sujeción/subjetivación y por ende un lugar de batalla y disputa (Montag, 2015).

Contra las interpretaciones funcionalistas y reproductivistas, esta lectura permite entender la forma-sujeto como un espacio de conflicto siempre abierto. En lugar de ser la forma preexistente, la posibilidad vacía dada de antemano en cada discurso, la forma-sujeto exige ser completada, puesta en funcionamiento en cada caso concreto. Como una batalla que no alcanza conclusión y que se reactualiza en cada individuo reclutado, la ideología queda condenada a *hacer presente en persona* a su sujeto, en una tarea que se encuentra siempre ya garantizada y que, a la vez, está obligada a ponerse en acto incesantemente, remitiendo tanto a las posibilidades de su reproducción como de su resistencia, de su subversión; ese abismo abierto que acecha junto a cada sujeto.

Bibliografía

- Althusser, L. (2010) “Tres notas sobre la teoría de los discursos” (presentación de F. Matheron) en *Escritos sobre psicoanálisis. Freud y Lacan*. México: Siglo XXI.
- Althusser, L. (2011) *Ideología y aparatos ideológicos de Estado. Freud y Lacan*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Althusser, L. (2014) *Psicoanálisis y ciencias humanas. Dos conferencias*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- De Ípola, E. (2007) *Althusser, el infinito adiós*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Montag, W. (2015) “Discurso y Decreto: Spinoza, Althusser y Pêcheux”, trad. de E. Rodríguez, en *Representaciones*, Ediciones SIRCA-Universidad Nacional de Córdoba.
- Poulantzas, N. (2001) *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*, México: Siglo XXI.